

José Lara, petrarquista de hoy

ANDRÉS SORIA OLMEDO
ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

El crítico inglés L.W. Forster caracterizó el petrarquismo como el «esperanto poético» en que Occidente habló de amor. Cuando Petrarca recibió ese idioma ya pudo emplear el legado de griegos, latinos, provenzales y stilnovistas. Desde el mismo Orfeo hasta Dante y los dos Guidos (Guinizelli y Cavalcanti), a todos los evocó y los vio uncidos al carro del triunfo del amor que –gran poeta latino– compuso en lengua vulgar. Por supuesto asimiló todas esas voces a su cancionero, también en toscano.

Sobre todo a partir de los siglos XVI y el XVII, los 366 fragmentos de su alma reparados en rimas dispersas alimentaron, literalmente, a todos los grandes poetas del Antiguo Régimen, de Du Bellay a Donne y Shakespeare, de Boscán y Garcilaso y Herrera a Sor Juana Inés de la Cruz. Ya en la modernidad y solo en nuestra lengua, resuenan en Lorca, en Miguel Hernández, en Blas de Otero (me dejo decenas de otros nombres). Y en José Lara.

¿Por qué tiene tanta fuerza este modelo que atraviesa siglos? Una voz alaba y exalta

al otro, al objeto de su deseo –sin presuponer en primer lugar lo que ahora llamamos género– y al mismo tiempo se examina como yo deseante, sin retroceder ante las perplejidades y contradicciones que le salgan al paso, incluida la muerte.

Quizá sean menester estos cuatro palotes de historia de la poesía para encuadrar el experimento de José Lara Garrido, a saber su ‘Cancionero del amor fruitivo’ (Moalde, Pontevedra, Cancioneros Castellanos, 2018), editado por Pedro J. Plaza González.

¿Experimento? Pepe Lara, de Archidona, catedrático en Málaga y alumno de Emilio Orozco en Granada, puede reivindicarse como antequerano-granadino, no solo por ser uno de los mejores estudiosos de aquella escuela célebre de poetas ilustres de fines del XVI y comienzos del XVII, sino también ahora por su práctica de la poesía.

Si nuestro país fuera un poco menos oscuro y encogido (Carlos Barral ‘dixit’) no habría que decir que José Lara pertenece al muy selecto club de los especialistas mundiales en nuestro Siglo de Oro, cuyos miembros aprecian y valoran sus estudios y edi-

ciones de Barahona de Soto, de Aldana, de San Juan de la Cruz. Pero como lo es, hay que proclamarlo para «que se enteren los señores».

Estos y muchos otros datos colocan este Cancionero fruitivo en un lugar de peligro. Es un libro que solo podía haberlo escrito su autor, por su conocimiento único de la abundantísima tradición de que estamos hablando. Lo cual no le ahorra los prejuicios posibles (sería como una reconstrucción arqueológica, como un libro de caballerías reescrito por don Quijote...) hasta que llega la lectura. Leed y veréis en él lo que consoló a nuestro maestro Emilio Orozco al comprobar que Antonio Machado reconoció que en el «incendio de teatro» del Barroco había un «ascua de veras».

Es un libro muy estructurado, en la distribución de la materia y el rigor de la forma (sonetos y sextinas, sobre todo). Apenas hay tiempo ni espacio para otra glosa ni recomendación que no sea la de la lectura. Si algunos verbos y algunos adjetivos suenan a ejercicio muy sabio de retórica, entre ellos brilla y quema una y otra vez esa ascua: «Cuando toda mi voz era lamento, / cuando toda mi luz era negrura, / cuando mi vida se quebraba en dura / orquestación de pena y de tormento, / apareciste tú, la plena diosa». La presencia de la amada da al poeta la fuerza de Orfeo para cantar su ‘Poderosa presencia’ o los ‘Prodigios por tu cintura’. Pero antes del despliegue del amor fruitivo emociona el yo que «cruza los puertos, / los zarzales, ribazos con espino, // los setos de ciprés, las alambradas, / y roto, malherido, acobardado, / encuentra una mirada que lo hospeda».